

El Dr. Juan B. Borla

Se han cumplido cien años del nacimiento del doctor Borla. Nada más esclarecedor que escuchar las lecciones que nos dieron con su vida los grandes espíritus desaparecidos cuando, circunstancialmente, camino de noche por los corredores de nuestro querido Hospital. Ellas guían nuestros pasos, señalan nuestra conducta, nuestros grandes ideales y, en fin, señalan cómo cumplieron ellos con esos deberes, cómo llegaron a conquistar esos ideales que definitivamente fueron las bases sólidas y profundas en que se cimentó este magnífico Hospital Italiano, orgullo no sólo de la colectividad, sino de toda la comunidad por la excelencia médica que brinda a todo el país y algunos países vecinos.

En los períodos de debilitamiento de los altos valores morales, de oscurecimiento de las virtudes, de empobrecimiento de los ideales y del surgir de los grandes egoísmos de esta sociedad de consumo, encontraremos en nuestros precursores las fuerzas y las luces que harán desaparecer las sombras, indispensables para resurgir de nuestras cenizas como el ave fénix, orientarnos y salvarnos.

Encontraremos, mirando alrededor, hombres excepcionales, no sólo por su ciencia médica, sino sobre todo por su conciencia moral.

La ciencia estuvo limitada a los recursos y conocimientos de la época romántica de la medicina de principios de siglo.

El doctor Borla inició su profesión en este querido Hospital allá por el año 1916.

Fue un verdadero maestro, enseñó más con su sabiduría que con la ciencia: comprendió y alivió las miserias humanas. Un espíritu de su amplitud, de su universalidad, de su sensibilidad, se concentró específicamente en desarrollar su querido Hospital.

Era Borla un hombre alto, delgado, de cutis mate. Sus amigos lo llamaban “el negro Borla”. De frente amplia y despejada, nariz regular, ojos negros, mirar sereno y penetrante. Su andar algo desgarbado lo hacía sumamente atractivo y seductor, con mucho éxito en el sector femenino.

Muy inteligente aunque holgazán; a veces bromista, otras irónico, con un alma exquisitamente bondadosa, un carácter alegre y sobre todo amable, con los que adquirió gran influencia entre sus compañeros.

En muchas oportunidades permanecía parado, con las piernas separadas, bamboleándose de atrás hacia delante, enviando con sus ojos mensajes diversos, de aprobación, de reproche, de ironía...

Nunca olvidaré el día que operé al doctor Elpidio González, ex vicepresidente de la Nación. El comedor estaba lleno, se festejaba mi primera guardia como médico interno y el doctor Pierino levantó su copa:

—Brindo por el novel interno, por el éxito de la operación que realizó hace pocos minutos con nuestro ilustre paciente el doctor González y sobre todo porque estamos frente a un cirujano de gran futuro, no solamente hospitalario sino también universitario. Vos, negro—dirigiéndose a Borla— estarás más que satisfecho con tu discípulo—.

En la otra cabecera de la mesa, Borla, con su sombrero negro ligeramente ladeado, balanceándose según su hábito, al guiñarme un ojo me decía in mente —lo oía como si realmente su voz resonara— “bien pibe, estoy orgulloso de ti”.

Vivía en el barrio de Almagro, en la calle Medrano al 400, humilde suburbio de principios de siglo que se incorporaba a la metrópoli avanzando sobre la periferia.

Se lo veía pasar por las calles de su barrio, visitando a uno y otro enfermo, muchas veces caminando junto a sus amigos de los alrededores con los que conversaba y otras veces hablando consigo mismo. Era hinchado de Atlanta.

Dueño de una autonomía moral y de un equilibrio interior excepcionales.

Los domingos me llevaba, junto con el doctor Pesce, a conversar con los pájaros y los árboles al Jardín Botánico. Era mejor clínico que cirujano.

Había sido discípulo del profesor Marotta, el mejor clínico quirúrgico de la década del 30 y del doctor Salvador Marino, uno de los mejores cirujanos de Buenos Aires en



aquella época.

Toda su carrera la realizó en el Hospital Italiano, desde practicante hasta director médico en el año 1945.

Después de su etapa quirúrgica, le sigue una segunda etapa, también quirúrgica.

En ella pone énfasis en la cirugía psicológica y moral.

Sin duda, en esta faceta aparece el extraordinario cirujano de almas, que se complementa con el discreto cirujano.

Con su verbo reemplazó en forma contundente al bisturí.

Hizo cirugía reparadora, de los médicos y de la medicina que presentaban deformaciones morales.

En el humorismo de su palabra estaba la anestesia y la crítica reemplazaba al bisturí.

Con la cirugía, en el quirófano había aprendido que todo se puede corregir en el cuerpo humano y salvar al paciente con conocimiento, paciencia, perspicacia y oportunidad. Tenía bien claro que el bisturí demasiado afilado y agudo era siempre peligroso.

Sabía perfectamente que la supresión del dolor constituye la acción médica más conmovedora que un hombre puede hacer por un semejante. Que las cicatrices se pueden disimular en forma tal, que no dejen señales visibles aún en las operaciones más complicadas y difíciles.

Tenía un concepto claro de que en la cirugía de las almas, debía estar presente lo que había aprendido en el quirófano, en la cirugía de los cuerpos. Por eso su palabra fue siempre serena, suave, flexible y trasuntaba seguridad.

Señalaba los defectos con delicadeza, sin hundir el puñal de la crítica despojada de afecto.

Con su buen humor era capaz de curar el dolor, como si fuera un sedante.

Se cuidaba muchísimo de no dejar cicatrices visuales en la vanidad, en el orgullo, ni en la soberbia, reemplazándolas con apenas unas líneas de blanquecinos puntos.

Era natural que así fuese. Había visto desfilas a la criatura humana, con buena luz, a través de sus ojos claros, transparentes; las había fijado en la cámara oscura de sus retinas y las revelaba cuando lo consideraba oportuno, a través de sus charlas y consejos.

Borla fue un gran amigo de sus amigos, un conversador fácil y amable; un incitador al diálogo.

Cuando yo me levantaba para ir a la facultad o al Hospital,

en las charlas cotidianas que manteníamos en nuestro consultorio, me detenía al pasar.

–Sentáte, hijo, tenés que aprender a perder el tiempo.

Yo no lo comprendía, no quería perder tiempo, quería ganarlo todo.

Hoy, pasados los años, lo comprendo en toda su intensidad. Sabía relatar las anécdotas de la vida real, llenándolas de gracia, de picardía y sobre todo de filosofía.

Era capaz de mantener la atención de sus interlocutores; nadie se fatigaba o aburría a su lado, era sin duda un gran seductor.

De la amistad hacía un culto. Repetía lo de Gracián: “no hay mayor desierto como vivir sin amigos, la amistad multiplica los bienes, reparte los males; el único remedio contra la adversa fortuna y un desahogo del alma...”. Por eso toda su vida vivió rodeado de sus amigos y bebió el puro vino de la amistad.

En los últimos tiempos se lo notaba triste. Yo trataba de alentarlo, de distraerlo.

–Mirá hijo –me decía entonces– cuando el caballo se pone viejo, se hace lerdo y tristón, se arrincona solitario en el ángulo más alejado del potrero esperando que llegue la muerte.

Con estos pincelazos he tratado de hacer un retrato del hombre que inició esa obra monumental que es el Hospital Italiano. Yo tuve la fortuna de ser a veces su instigador y otras su brazo ejecutor.

Él fue un buen cirujano que utilizó su voz para atenuar, corregir y encaminar mi vida, como si fuese mi padre médico y en realidad lo fue.

Tuvo piedad para los injustos, mucho amor para los buenos, piedad para los doloridos, perdón para los perdidos. Guardó su última sonrisa para su propia muerte.

Qué injusticias tiene la vida. Hoy su Hospital lo ha olvidado, mi querido doctor Borla.

Usted ni siquiera es un recuerdo.

Francisco Loyúdice
Director Médico Honorario
Hospital Italiano de Buenos Aires